

## La miseria humana

El concepto de «arte moderno» como innovación, como ruptura con el pasado, como proyección hacia un futuro sólo intuido, como vanguardismo, en suma, fracasa ante la obra de José Luis Cuevas, cuya muestra de dibujo y pintura en el Instituto de Arte Contemporáneo (Lima, 1958) ha de remover el apacible curso de nuestra vida cultural. He aquí a un artista que está situado en una línea cuyo origen es el temblor antiguo del hombre ante sí mismo, ante Dios, ante el mundo, y el misterio de su sentido. Se pueden evocar, a propósito, los nombres del Bosco, de Goya, de Daumier, pero están demás. Cualquiera que se halle habituado a buscar en la historia de la expresión estética de Occidente la manera más dramática de revelar el trasfondo trágico de la vida que han tenido los pintores, desde el medioevo hasta nuestros días, se dará con una raza de creadores que ha visto en los modelos las formas patéticas que Cuevas rescata ahora con su pincel y su pluma, a un tiempo tiernos y aterrorizados, hondamente veraces y, sin embargo, mágicos.

El público habituado a los objetos y las figuras que aluden a la realidad convencional, o en el caso contrario, adicto por refinamiento a las lucubraciones que la escamotean en pos de una exquisita metáfora plástica, se sentirá sorprendido. Si es perezoso rechazará la versión del universo que Cuevas le propone, la evitará bruscamente, puesto que a través de estos cuadros se verá retratado con implacable crueldad. Si ama el conocimiento, si le preocupa, ante todo, la razón de las cosas, vencerá esa resistencia y comenzará a tener con estas imágenes un trato directo, una comunión, que a la postre será afectiva. Así es de radical la obra de Cuevas: no halaga en lo más mínimo, carece de todo sentimiento decorativo, está cruda como en la prístina edad del niño o el salvaje, benditas palabras que aquí significan imaginación, sinceridad, pureza de intenciones.

Pero vendrán, o ya habrán venido, las explicaciones de los psicólogos, los cuales descubrirán en estos cuerpos, estos rostros, estas almas, la simbolización que maniáticamente ensayan en todo fruto inusitado del hombre. Y vendrán también los sociólogos, que dirán cómo en Cuevas funciona el terror colectivo de la época, el caos y la confusión. Y vendrán, al fin, los

politicistas, cuya interpretación echará mano de las etiquetas personales de aristócrata, burgués o capitalista. Por encima de ellas prevalecerá, a no dudarlo, el carácter insoslayablemente vigente de los seres inventados por este artista, en quien la vieja heredad del hombre doliente retoma su lenguaje y se reviste, no de actualidad, sino de permanencia presente, que es futuro en su más precisa dimensión. En una era en que la imaginación transpone, por hartazgo, los límites de lo más profundamente humano, Cuevas se interna en la selva interior y saca de ella los inmemorables habitantes del remordimiento, de la soledad, del odio y el amor, del egoísmo, de la enfermedad y de la muerte. Contemplemos la serie que el Instituto de Arte Contemporáneo nos brinda como la ilustración, despiadada si se quiere, de la intimidad del hombre de hoy, perdido en la masa, pero aislado, en último término, en su conciencia ardiente.

¿Pesimismo? ¿Arte negro? ¿Desesperanza? Los partidarios bien intencionados –no los que obedecen la consigna de una estética de partido o de clase– aciertan si dicen que no puede haber hombre sano que no quiera algún día ver establecido un reino de bienestar, una *land of plenty*, donde la felicidad material se encuentre sólidamente compenetrada con la sabiduría, la poesía, el amor. Pero ¿negarán que el corazón de la criatura terrena –tanto individual como colectivo– tiene el rostro terrible, o fofo, o triste, o demencial, de los personajes de Cuevas? El pintor, por artista, registra la vida, es su más tenaz testigo, pero no está obligado a dar tarjetas de recomendación para ningún tribunal del porvenir. Lo que de su mano fluye puede ser un desgarrado quejido, que es también protesta y reclamación. Así ha sido siempre, de otra parte, y Cuevas lo repite a su modo, por su sensibilidad, sin recurrir a una modernidad a ultranza, sino haciéndose depositario de una antigua tradición, cuyo valor estriba en la grandeza con que resucita la miseria humana, el barro del que estamos hechos.

**Sebastián Salazar Bondy**

*Lima, 1958*